

R F-C/REA

**ACTA**  
DE LA  
**SESIÓN PÚBLICA**

que en 6 de diciembre de 1890

CELEBRÓ LA

**REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA**

DE BARCELONA,

EN LA QUE LEYERON LOS DOCTORES

Robert, Bertrán Rubio, Giné y Partagás, Roig y Bofill,  
Rodríguez Méndez, Morales Pérez y Soler y Buscallá,

en obsequio al individuo de número

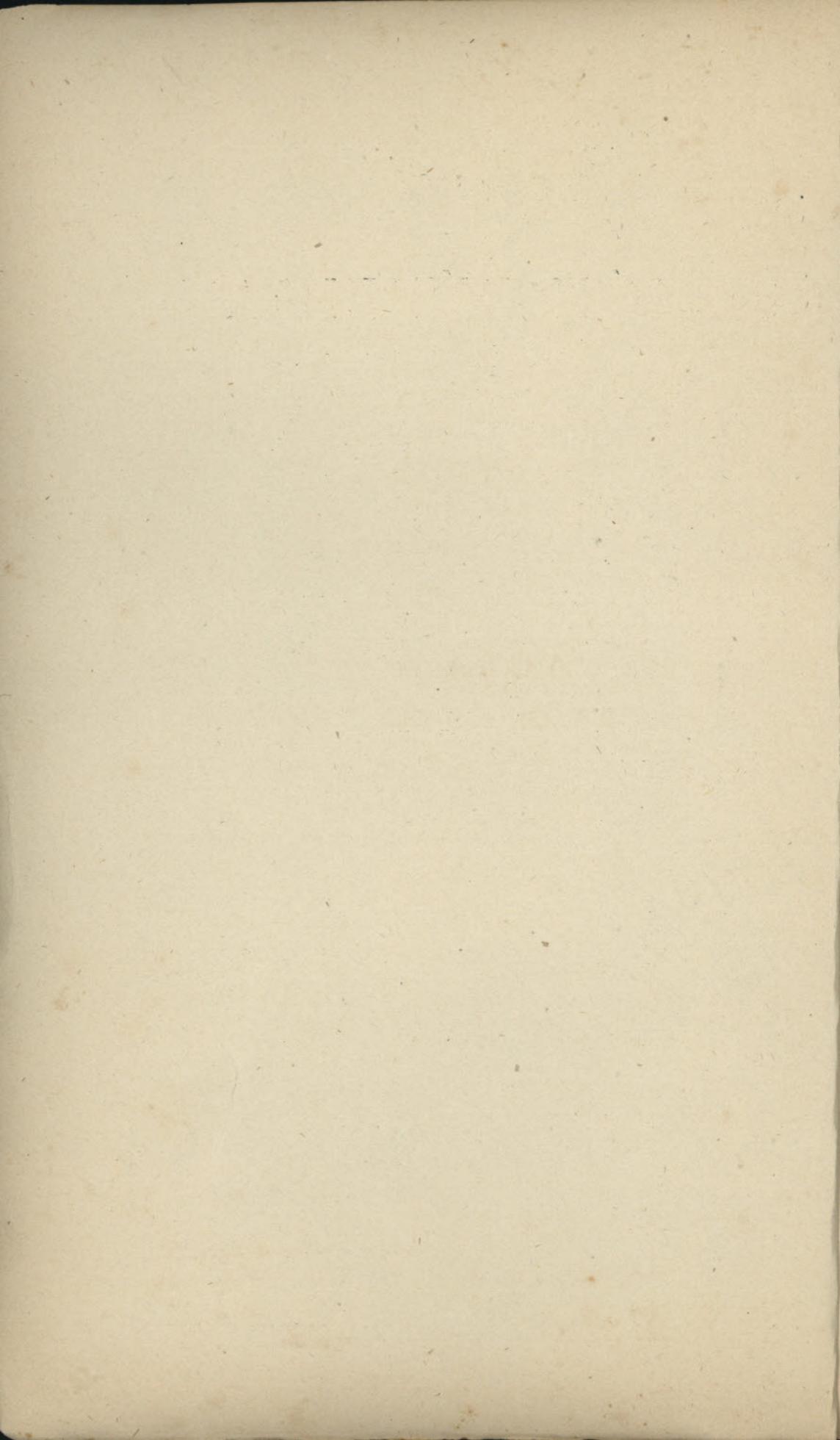
**Dr. D. EMILIO PI Y MOLIST**

PUBLÍCASE POR ACUERDO DE LA ACADEMIA

BARCELONA  
IMPRENTA BARCELONESA

CALLE DE LAS TAPIAS, NÚMERO 4

—  
1891



62-79-31

ACTA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700678191

ACTA  
DE LA SESION PUBLICA

COMISION DE MEDICINA Y CIRUJIA

ACTA

DE LA SESION PUBLICA



X

# ACTA

DE LA

# SESIÓN PÚBLICA

que en 6 de diciembre de 1890

CELEBRÓ LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

DE BARCELONA,

EN LA QUE LEYERON LOS DOCTORES

Robert, Bertrán Rubio, Giné y Partagás, Roig y Bofill,  
Rodríguez Méndez, Morales Pérez y Soler y Buscallá,

en obsequio al individuo de número

**Dr. D. EMILIO PI Y MOLIST**

---

PUBLÍCASE POR ACUERDO DE LA ACADEMIA

---

BARCELONA  
IMPRENTA BARCELONESA

CALLE DE LAS TAPIAS, NÚMERO 4

—  
1891



ACTA

SESSIONS

OF THE

1850

## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Acta de la Sesión pública. . . . .	VII
Discurso del Sr. Presidente Dr. D. Bartolomé Robert. . . . .	I
Id. del Dr. D. Eduardo Bertrán Rubio. . . . .	3
Id. del Dr. D. Juan Giné y Partagás. . . . .	13
Id. del Dr. D. Emerenciano Roig y Bofill. . . . .	33
Id. del Dr. D. Rafael Rodríguez Méndez. . . . .	39
Id. del Dr. D. Antonio Morales Pérez. . . . .	47
Id. del Dr. D. Juan Soler y Buscallá. . . . .	57
Id. del Dr. D. Emilio Pi y Molist. . . . .	61

---

INDEX

1. Introduction ..... 1

2. The first part of the work ..... 2

3. The second part of the work ..... 3

4. The third part of the work ..... 4

5. The fourth part of the work ..... 5

6. The fifth part of the work ..... 6

7. The sixth part of the work ..... 7

8. The seventh part of the work ..... 8

9. The eighth part of the work ..... 9

10. The ninth part of the work ..... 10

11. The tenth part of the work ..... 11

12. The eleventh part of the work ..... 12

13. The twelfth part of the work ..... 13

14. The thirteenth part of the work ..... 14

15. The fourteenth part of the work ..... 15

16. The fifteenth part of the work ..... 16

17. The sixteenth part of the work ..... 17

18. The seventeenth part of the work ..... 18

19. The eighteenth part of the work ..... 19

20. The nineteenth part of the work ..... 20

21. The twentieth part of the work ..... 21

22. The twenty-first part of the work ..... 22

23. The twenty-second part of the work ..... 23

24. The twenty-third part of the work ..... 24

25. The twenty-fourth part of the work ..... 25

26. The twenty-fifth part of the work ..... 26

27. The twenty-sixth part of the work ..... 27

28. The twenty-seventh part of the work ..... 28

29. The twenty-eighth part of the work ..... 29

30. The twenty-ninth part of the work ..... 30

31. The thirtieth part of the work ..... 31

32. The thirty-first part of the work ..... 32

33. The thirty-second part of the work ..... 33

34. The thirty-third part of the work ..... 34

35. The thirty-fourth part of the work ..... 35

36. The thirty-fifth part of the work ..... 36

37. The thirty-sixth part of the work ..... 37

38. The thirty-seventh part of the work ..... 38

39. The thirty-eighth part of the work ..... 39

40. The thirty-ninth part of the work ..... 40

41. The fortieth part of the work ..... 41

42. The forty-first part of the work ..... 42

43. The forty-second part of the work ..... 43

44. The forty-third part of the work ..... 44

45. The forty-fourth part of the work ..... 45

46. The forty-fifth part of the work ..... 46

47. The forty-sixth part of the work ..... 47

48. The forty-seventh part of the work ..... 48

49. The forty-eighth part of the work ..... 49

50. The forty-ninth part of the work ..... 50

51. The fiftieth part of the work ..... 51

Sesión científico-literaria pública que el día 6 de diciembre de 1890 celebró la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona en obsequio al individuo de número doctor D. Emilio Pi y Molist.

A propuesta de algunos Sres. Académicos habíase acordado celebrar dicha sesión, y nombrándose una comisión especial que, presidida por el Dr. Robert, dispusiese lo necesario al efecto.

En consecuencia, hoy á las ocho y media de la noche, presidiendo el Dr. D. Bartolomé Robert, que tenía á su derecha al doctor D. Emilio Pi y Molist, y actuando de secretario el infrascrito; con asistencia de casi todos los Sres. Académicos de número y muchos correspondientes, de representantes de varias Corporaciones científicas y literarias, y de un numeroso público, en el cual figuraban profesores y alumnos de Medicina, periodistas, literatos y artistas; comenizó el acto con la lectura de un discurso del Sr. Presidente exponiendo las razones que habían determinado á la Academia á tributar al Dr. Pi y Molist este homenaje de consideración y simpatía, sin precedente en los fastos de esta Corporación.

Luego los Sres. Académicos de número que se nombran á continuación leyeron cada cual un discurso; á saber, el Dr. Bertrán Rubio acerca de *El neurosismo moderno*; el Dr. Giné y Partagás *Contribución al estudio de las locuras con conciencia ó locuras atípicas*; el Dr. Roig y Bofill sobre *Médicos y Enfermos*; el Dr. Rodríguez Méndez *Estudio etnológico sobre las deformidades craneales en los diferentes pueblos*; el Dr. Morales Pérez *Capítulo de una novela en embrión sin esperanzas de término viable; impresiones del Licenciado Carrasquillo en la Universidad de Scibilia*; y el Dr. Soler y Buscallá *Horror á la sífilis*.

A continuación el Dr. Pi y Molist leyó un discurso adecuado al acto.

de los cuales apenas si el hombre se da cuenta; y desengañémonos, que esas explosiones de la afectividad sólo puede moverlas quien guarda en los pliegues del corazón alguna prenda escondida. ¡Y tantas como guarda! Pero, para desgracia mía, veo brillar una, que, como perla finísima, la sola mirada la empaña y el más discreto elogio la ofende. No seré pues yo quien la maltrate con una glosa que, aun siendo justa, no querría perdonármela todo el cariño con que su afortunado poseedor me envanece.

Pues la Academia, Señores, premia esta noche todo eso que no puede decirse, todo ese tesoro de prendas morales que constituye el mejor realce de su persona. Pero saluda también al frenópata insigne, que no por ser chapado á la antigua, como él mismo con harta modestia se califica, deja de profundizar menos los laberínticos misterios de la mente humana; se asocia de todas veras á esa interna y viva satisfacción que debe sentir al ver realizados los ideales de toda su vida con la construcción del gran Manicomio del Hospital de la Santa Cruz, hogar y albergue de esa multitud insana que él acaricia y cuida con el mismo amor que un padre siente por sus hijos; y se enorgullece al propio tiempo al contemplar el sitio que ocupa en la república de las letras. ¡Qué modo de conocer la hermosura de la lengua castellana! ¡Cómo mantiene enhiesta todavía la bandera del Siglo de oro! ¿Quién más cervantino? ¿Quién más apasionado por los clásicos?...

Véase, pues, si la Academia se ha excedido al dedicar una sesión científico-literaria al profesor que como hombre integérrimo, es un modelo; como frenópata, una autoridad, y como literato, *limpia, fija y da esplendor*.

---

## DISCURSO

DEL

Dr. D. EDUARDO BERTRÁN RUBIO

---

Pues señor, en un convento de tierra de Calatayud (no estoy bien seguro de qué Orden) había una vez un lego que no cesaba de importunar á su Padre Guardián para que le permitiese probar sus fuerzas de oraðor sagrado, siquiera en alguna de aquellas *Sabatinas* tan ponderadas, y con tanta gracia, por el autor del *Fray Gerundio*.

Era el Padre Guardián bonachón y condescendiente de su natural; pero era el lego tan menguado de luces intelectuales, que tenía casi á obscuras los aposentos de la cabeza (mal amueblados además); así es que casi podía tomarse á cargo de conciencia el acceder á las solicitudes del postulante. Este, en quien lo fraile no enflaquecía lo aragonés, antes lo reforzaba, volvía á la carga con redoblada terquedad, tras cada negativa.

Ya sentía el Guardián acabársele la paciencia, y estaba á dos dedos de pegarle un bufido al pobre diablo, digo al pobre lego; pero haciendo por contenerse, díjole en el tono menos duro que supo:

— Venga acá, hombre de Dios, y póngase en lo razonable. Aunque yo le diese el permiso que me pide, ¿no comprende que habría de verse y desearse hasta para escoger el tema? Y siendo persona de tan pocas letras, que, á lo que entiendo, no tiene ningunas, ¿cómo se las compondría para hilvanar su dichoso sermón?

A lo cual el otro contestó sin titubear:

— Pues el tema, Padre mío Reverendísimo, sería el Panegírico de la Santísima Virgen, que siempre oí decir era tema muy socorrido;

y en cuanto á lo de la composición, con que Vuestra Paternidad me concediese algún espacio para ello, meteríame en la Biblioteca de esta Santa Casa, que no está mal provista, y echando mano á los muchos y excelentes sermonarios que allí se guardan, espigaría en ellos, y buena maña me daría yo á copiar trozos del uno, párrafos del otro, y arañando en todos lo que me hiciera al caso, mal había de ir si de muchos retazos de sermones buenos no llegaba á sacar un sermoncillo mediano..... ó quizás malo; que yo tampoco tengo pretensiones de que me salga bien á la primera vez.

Quedóse el Superior pensativo un breve rato, y pugnando por contener la risa como antes por reprimir el enojo:

— Vaya, le dijo, vaya con mi permiso y mi bendición, y métase en la Biblioteca á hacer de las suyas; que, bien mirado, no hará ni más ni menos que lo que, hartas veces, los Padres graves hemos hecho.

---

SEÑOR PRESIDENTE: Declaro que, en el punto mismo en que V. S. se dignó de invitarme á tomar parte en la función de hoy, me puse muy hueco por la honra que con ello se me hacía, me sentí agradecido á la gentileza de pedirme lo que se me podía mandar, y se me reverdeció en la memoria el cuento del lego de Calatayud.

Confieso, además, que lo del tema no me daba ningún cuidado; pero siempre barrunté que lo más peliagudo sería lo de presentarlo y desarrollarlo tal cual.

Por el pronto, y entre otros muchos que se me ocurrieron, fijéme en el de lo que ahora se llama *el neurosismo moderno*.

Y aquí de los procedimientos y mañas de mi fraile, ó del fraile de mi cuento.

Por fortuna andan hoy los libros, los folletos y las revistas abundantes, y hasta baratos, porque el flujo de escribir sobre todas las cosas *y otras muchas más*, es tal y tan desapoderado, que se encuentran para todos los intentos, para todos los gustos y para todas las entendederas; y así, no habían de faltarme, en la ocasión esta, para salir adelante con mi empeño, media docena, ó una, de autores de más ó menos cuenta, de quienes pudiera pellizcar y arrancar tirillas, y aun pedazos gordos, ó dígase la erudición prestada que necesitase, sin que nadie me fuese á la mano.

Pero luego que me puse á la obra, comprendí que, si copiaba ó

extractaba de buenos autores, saldría una cosa que, aunque fuese buena, no sería mía; si copiaba de autores chirles, hueros ó hebenes, saldría otra cosa que ni para mía la quisiera, y si tomaba de todos á trochemoche, resultaría una verdadera morcilla literaria.

Temeroso de cometer tamaños pecados, determiné limitarme á hablar del asunto en tono llano, como en familia, y á la buena de Dios; sobre que el tiempo acordado á esta lectura tampoco da para más.

Y así digo, que tras de haberle colgado á nuestro siglo no sé cuántos apodos, han venido los médicos y los fisiólogos á colgarle un apodo más, apellidándolo *el siglo de las neuropatías*. Y hay quien pretende que la tónica dominante en los múltiples y variados desbarates del complicado sistema nervioso humano es, hoy por hoy, el *neurosismo*; y que, por ende, á ley de justicia, y hasta pudiera decirse que por antonomasia, hay que llamar al *neurosismo la enfermedad del siglo XIX*.

Dícese que fué Bouchut quien primero designó con el vocablo *neurosismo* á aquel linaje de sobreexcitabilidad nerviosa subseguida de disminución ó de agotamiento de la potencia funcional del sistema. Sea como fuere y, prescindiendo del pleito que al ilustre autor francés pudieran moverle sus conolegas ingleses y americanos sobre la propiedad de la denominación, los primeros con su *irritable debility*, y los segundos con su *neurostenia*; lo cierto es que en nuestra tierra, bien dispuestos como estamos siempre á aceptar todo lo francés, las voces técnico-científicas inclusive, sin pararnos en galicismo más ó menos, el *neurosismo* de Bouchut ha prevalecido, y con esta palabra seguimos entendiéndonos los del oficio, aunque no siempre nos entendamos bien, ni en esta ni en otras muchas cuestiones.

Puesto en estudio uno de esos estados morbosos que, también para entendernos, hemos convenido en llamar *entidades patológicas*, los autores no se dan punto de reposo hasta poner en claro la etiología, si es posible; que á menudo hay que resignarse á dejarla entre dos luces, ó á media sombra, ó del todo á oscuras.

Por lo que respecta á las causas generadoras del *neurosismo*, parece que los que entienden de esto, andan de concierto para admitir que *la enfermedad del siglo XIX* tiene su raíz y origen en el siglo mismo, es decir, en las circunstancias físicas y sociales de la vida moderna.

La verdad sea dicha; nuestra manera de vivir, y más en las grandes urbes, no es nada á propósito para que la maquinaria del organismo humano funcione con la moderada actividad y reposada armonía que fueran de apetecer en pro de la salud del cuerpo y del espíritu.

Vivimos muy deprisa, y á menudo muy sin compás; lo cual no puede menos que desgastar antes de tiempo los resortes de la vida misma, después de haber descompuesto sus funciones.

Y de esta vida rápida y agitada, en la que se goza, se trabaja y se padece excesiva y atropelladamente; en la que todo se hace con el temblor de la calentura, y en la que pocas veces el reposo y las repeticiones guardan debida proporción con el consumo ó el dispendio de las fuerzas empleadas en la jornada, está claro que el sistema nervioso es quien debe resentirse en primer término y hondamente.

No diré, ni pienso que pueda sostenerse, que esto sea peculiar y exclusivo de nuestra época; creo, por el contrario, que los inconvenientes, defectos, desdichas y padecimientos de la vida de hoy, con ser muchos y de monta, no son tantos, ni de tanto bulto, como los de otros siglos; y que las neuropatías que hogaño nos afligen, ú otras parecidas y algunas peores, no dejaban de menudear antaño, y hasta las hubo que, en forma de epidemias horribles, hicieron estragos en otros tiempos, en *aquellos tiempos* que se sacan á relucir, en peroratas ó en escritos, por algunos varones que no dan paz á la mano, ni reposo á la lengua, para abominar de esta calamitosa centuria en que nos tocó nacer; todo, por supuesto, para deducir á guisa de corolario de sus lamentaciones, que

Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor.

Y dicho sea entre paréntesis: tengo para mí que no todos los tales censores ejercen de buena fe, sino que andan entre ellos algunos epícuricos solapados é hipócritas de siete suelas, que mientras entonan los trenos más jeremiacos, piden cubierto en el banquete de la vida moderna, arrellánanse en la poltrona, y sacan toda la raja que pueden. Y á buen seguro que si al hombre le fuese dable trasplantarse de siglo como se muda de casa, ninguno de aquéllos se avendría á vivir en la mejor de las pasadas épocas.

Vuelvo á coger la hebra suelta.

Es, á mi ver, indudable que aun en las enfermedades más comunes, puédense observar ciertas modificaciones, sino de esencia, de accidentes; algo así á manera de *modalidad*, producto de la acción combinada, á las veces inextricable, de un montón de causas y concausas de todo linaje y procedencia que, en su conjunto y por sus efectos, llegan á imprimir carácter, mejor ó peor determinado, sello más ó menos profundo, á la fisonomía morbosa de cada época.

Y esto, que es bien visible por lo que toca á las dolencias nerviosas de que voy hablando, constituye el asunto de un estudio, por todo extremo interesante y trascendental, de lo que unos llaman *atmósfera ó ambiente sensorio-psíquico*, y otros *constitución neurótica, neuropática* de nuestro siglo.

Porque aun hay quien profesa la doctrina de *las constituciones médicas*, ya en su integridad clásica, ya modificada y, por decirlo así, modernizada.

Y uno de entre nosotros (á quien no he de nombrar, porque me está oyendo), trazó, no ha mucho, la pintura más valiente que puede trazarse de la actual *constitución frenopática*.

«Para la historia de nuestros tiempos (dice) suministra datos, » como es consiguiente, la historia de los delirios que caracterizan la » actual constitución frenopática, hija legítima de una profunda per- » turbación de la inteligencia y más del sentimiento, resultado de » numerosas causas que, sin embargo, derivan acaso todas de una sola. » En el individuo, descreimiento, ignorancia, espíritu de negación » sistemática, insensato anhelo de derechos, vergonzoso olvido de » deberes, autonomía exagerada, orgullo, soberbia, ambición, codicia, » sed insaciable de goces, vicios, miseria; y en la colectividad, anar- » quía, desenfreno, granjeo enmascarado de política, despilfarro de la » fortuna pública, execrables apostasías, encumbramientos increíbles, » riquezas injustificadas, movedizo lo existente, pavoroso lo porvenir; » ciencias y artes en raudo vuelo de progreso, pero rastreando y des- » deñándose de alzar la vista al cielo; de ellas tomando lecciones y » armas la maldad para destruir todo cuanto la contrarresta é impide » su entronizamiento y despotismo..... ¿qué más para exaltar las facul- » tades intelectuales, azuzar los apetitos, encender las pasiones y pro- » ducir la locura (1)?»

Pues bien, donde dice *frenopática* póngase *neuropática* ó *neurótica*, ú otro epíteto más ó menos castizo y de parecida significación, y el cuadro encajará perfectamente en nuestro caso. Porque si las apuntadas causas son asaz poderosas para producir la locura, ¿cómo no han de serlo también, y con mayor facilidad, para determinar el *neurosismo*?

Sí, de esa atmósfera, ambiente, constitución, ó como se la quiera llamar, de donde salen los locos, salen asimismo los neurosténicos, los epilépticos, los histéricos y todos los dolientes del sistema nervioso.

---

(1) Pi y Molist.—*Primeros del Don Quijote*. Cap. XIX, pág. 277.

Pues ¿de dónde habían de salir sino del *común vivero patogénico* del siglo, en el cual se acumulan y aunan su acción todos los factores malsanos á propósito para aguar ó corromper la sangre, reblandecer los sesos, deshilar la médula y ajetrear los nervios con desaforadas titilaciones?

« Una sangre sana es lo que le hace falta á la actual generación, » decía Krafft-Ebing.

Ya lo creo que le hace falta sangre generosa y vivificadora : le falta sangre y le sobran microbios.... físicos y morales.

Y así anda ella de lucida la pobre generación ; si, por fortuna, no en su totalidad, como algunos pesimistas suponen, por desgracia en una gran parte.

Los que ya peinamos canas, ó estamos á pique de no tener ni canas que peinar, hemos podido seguir por observación directa y paso á paso, los progresos de los susodichos influjos morbógenos durante la segunda mitad de la corriente centuria. De padres á hijos, de hijos á nietos, la cosa ha ido de mal en peor ; y hoy nuestra juventud, esa juventud de quien decimos que es el porvenir, suministra un contingente excesivo de *viejos de treinta años*, y un guarismo desproporcionado de mortalidad.

Anémica y neurótica, maltratada además por el alcohol, el tubérculo y la sífilis, la generación que ha de sucedernos y heredarnos, no ofrece muy lozanas esperanzas para que podamos confiar en el próximo mejoramiento de las razas civilizadas, sobre todo de las latinas.

Abundan las muchachas pálidas y desmedradas, que han llegado á mujeres sin salir de la estatura de niñas, y disimulan las deficiencias de su torso gracias á la bien armada cotilla, cuyos ingeniosos suplementos fingen curvas y relieves que suelen al fin denunciar su propia superchería ; plantel de histéricas del cual pudieran sacarse colecciones completas de *casos dignos de una Salpêtrière*.

Y entre la juventud masculina figuran, en alarmante mayoría, mozalbetes canijos, cargados de espaldas, embebidos de pecho, luengos de pescuezo y derribados de hombros, los ojos turbios ( casi siempre míopes), las mejillas mustias, la color trasnochada, y barbillas primerizas á todo llevar, como testimonio exterior de una virilidad que, quizás tácitamente, se reconoce incapaz de alarde alguno de vigor físico ni de energía moral.

Para el observador sesudo, y más para el observador médico, y más todavía para el médico psicólogo que llegue á ahondar en el consabido estudio de la *fisonomía neurótica* de nuestro tiempo, el cuadro tiene que resultar doblemente interesante por lo que toca á las *lesiones*

del espíritu, que por lo que hace á las del cuerpo. Y ha de llamarle desde luego y grandemente la atención la abundancia de alteraciones, torceduras y aberraciones de las facultades sensitivas, cuyo variado, caprichoso y aun paradójico síndrome presta peregrino colorido al panorama neuropático. El sentimiento va tan fuera de tono, que llega á los términos del sentimentalismo ó de la sensiblería, y hasta los rebasa; compatible y alternado, en un mismo individuo, con la indiferencia ó acaso dureza de corazón ante miserias, lástimas y dolores verdaderos y de monta, desarrollándose siempre por toda la extensa *tessitura* de lo inquieto, lo voluble, lo movedizo, lo inconsecuente y lo contradictorio.

No menos que el estudio de las explosiones individuales de la enfermedad, sería curioso el de sus manifestaciones colectivas. Si se tratase de un morbo infectivo, diríase que la muchedumbre de los que ahora llamamos *focos de infección*, hace cundir el contagio. Empero, aunque no quepa aquí descubrir *la materia pecante* y seguir el rastro de sus invasiones, es evidente que el contagio existe.

Será que se difunde *por sugestión*, porque si un loco hace ciento, un neurótico hace mil; será que se contrae respirando la atmósfera moral en que por necesidad hemos de vivir; será lo que sea, pero salta á la vista que política, costumbres, ciencias, artes..... todo en nuestra sociedad, todo está tocado de neurosismo.

Ya me sé yo quién podría escribir sobre esto, muy galanamente, un capítulo largo y sustancioso; y quizás comenzaría incluyendo el neurosismo en la casilla de los *cuasi*, por él propuesta para agregarla á los cuadros nosográficos.

Es probable (sin que me atreva á asegurarlo) que su mirada escrutadora se fijase desde luego en la intranquilidad de la vida moderna, en el continuo conflicto entre nuestras convicciones mal seguras y peor arraigadas, y ciertas instituciones, principios y personalidades, que se nos antojan moralmente absurdas, y hacia las cuales no obstante fingimos respeto y aparentamos adhesión, sin que por otra parte les escaseemos el desdén, el vilipendio ó el ridículo, representando así una especie de comedia fatigosa en la cual resalta nuestra completa falta de carácter; vería sin duda cómo, vacilantes en nuestras aspiraciones, sin ideales bien definidos, andamos tambaleando y dando traspies, sin saber hacia dónde, y nos dejamos guiar ó arrastrar por el que más grita y gesticula, y mayor audacia muestra; cómo, al par que alardeamos de incrédulos y de despreocupados, conservamos anchas tragaderas para cualquier paparrucha, y seguimos, en pleno siglo de las luces, aferrados á supersticiones dignas de la Edad media,

prestando fe á los ensueños, los agüeros, la cábala, la cartomancia y la quiromancia, la *gettatura*, la milagrería y el espiritismo, sin que nos desdeñemos de consultar á menudo ensalmadores, saludadores y curanderos, videntes, *mediums*, y somnámbulas baratas; cómo, en fin, con meros enjuagues de *súmmulas* científicas, y aun sin estudio alguno, abordamos con gentil desparpajo las cuestiones más arduas, resolvemos de plano los problemas más intrincados, y arreglamos el universo mundo desde la mesa del café, desde el rincón de cualquier periodiquillo, ó desde el *smocking-room* del Club y del Casino.

No dejaría el presunto autor de apuntar también entre los rasgos neuróticos los siguientes: muchos de esos entusiasmos del público, á las veces rayanos en frenesí, y por lo regular tan inmotivados cuanto fugaces, y tan fugaces como fáciles de trastocarse en indiferencia, en olvido ó en desprecio, y gracias si, por lo que á las personas, objeto de la apoteosis, se refiere, no acaban en silba y arrastre; las manifestaciones patriótico-callejeras, en las cuales se desperdicia mucho grito, mucho «viva,» mucha proclama, mucho discurso al aire libre, mucha música y mucha percalina... y pare V. de contar; la curiosidad, morbosamente insaciable, con que ese mismo público se alampa por las noticias y relatos circunstanciados, con lujo de pormenores espezuznantes, del *crimen del día*; el afán palpitante con que asiste á las vistas ó juicios orales, y sigue el curso, accidentes y peripecias de todo proceso sangriento ó escandaloso; el no nada caritativo olvido de las víctimas, y el interés seudofilantrópico por los criminales más atroces, vulgares y repulsivos, interés que sube de punto cuando sobre ellos ha caído el tremendo peso de la ley; el empeño que pone y el trabajo que mal emplea luego en criticar, censurar y enmendar, á su manera, los procedimientos y el fallo del Tribunal, con descaro, en voz alta y hasta en letras de molde; y si la sentencia ha sido de muerte, los esfuerzos que hace por que no se cumpla; lo cual no impide que, si al fin se cumple, corra, se agolpe y se estruje alrededor del cadalso á contemplar con inhumana serenidad ó tal vez con irreverente algazara, las últimas angustias y las postrimeras ansias del infeliz ajusticiado.

¿Y no habría de incluirse asimismo en la lista de los consabidos síntomas la avidez descontentadiza con que buscamos emociones nuevas, variadas, á menudo *fuertes*, en todo linaje de diversiones, para caer, á poco de gustarlas, en la indiferencia ó en el hastío? La literatura, la escenografía, la música, la coreografía, el *sport* y hasta la gimnástica y la tauromaquia hacen continuos é indecibles esfuerzos por ganarse el favor de un público que, realmente, quiere divertirse

á todo trance y suele no divertirse con nada, ó se divierte sólo de resbalón, y acaba paseando por todas partes su aburrimiento. Para los espectáculos verdaderamente sanos y cultos puede decirse que el público escasea; y el mismo teatro anda de capa caída en poder de zarzueleros y cancanistas, ó bajo el dominio de dramaturgos que llenan la escena de las lacerias de la familia y de la sociedad, con profusión de suicidas, locos, tísicos y otros *casos clínicos*, adúlteros, amancebados y *horizontales*, como si se propusieran darnos una desazón con cada argumento. De la novela no se diga; por fuerza ha de resentirse también del mal estado de nuestros nervios. Nos reimos, con razón, del *romanticismo melencólico*, y hemos venido á dar en un realismo descarado que á extremoso se las puede apostar con aquél, aparte de esconder peores intenciones.

Debieran contarse, además, entre las manifestaciones neuróticas colectivas, ciertas *modas* (llamémoslas así), que vienen á ser como lo que los médicos antiguos denominaban *constelaciones*. Y á la manera que cuando reina el sarampión ó la coqueluche, pongo por caso, apenas hay chiquillo que se libre de contraerlos, así cuando impera, verbigracia, el *flamenquismo*, no hay chico ni grande que se sustraiga al influjo de las *pataitas* y del *cante*, porque los que no padecen personalmente la pegadiza enfermedad, padecen de verla y oírla padecer á los otros.

Para no cansar vuestra paciencia no cito más ejemplos de aquellas *constelaciones*, algunas de las cuales llegan á tocar las fronteras de la frenopatía, y bien pudieran apellidarse, en lenguaje familiar, *chifladuras epidémicas*, aunque casi siempre de carácter benigno, de curso agudo, y de forma cómica ó sainetesca: modalidades, al fin, de la inagotable necesidad humana. De todo ello, en último resultado, podemos consolarnos repitiendo con nuestro Lope que

« señales son de juicio  
» ver que todos le perdemos;  
» unos por carta de más  
» y otros por carta de menos. »

Capítulo aparte, y muy serio, reclamaría el estudio psicológico del *neurosismo religioso, del político, y del científico*; materias que, por lo importantes y delicadas, necesitan para ser tratadas discretamente, más pulso del que yo tengo, y más tiempo del que se me ha concedido.

No á legos, á *padres maestros* está reservada obra de tamaña labor;

y ojalá saliese de este mismo recinto quien diese feliz remate á una monografía completa y española sobre aquel asunto.

Yo le fío que no había de escatimársele el merecido aplauso; más que más, si, en lo tocante á la terapéutica de la *enfermedad del siglo XIX*, ahora que ya empiezan á sobrarños los alcaloides en *ino* y en *ina*, ponía en su verdadero punto la importancia y eficacia de los *alcaloides morales* que tanta falta nos hacen.

## DISCURSO

DEL

Dr. D. JUAN GINÉ PARTAGÁS

---

### LOCURAS CON CONCIENCIA Ó ATÍPICAS

*Verò dignum et justum est...*

SEÑORES:

Es, en verdad, digno y justo honrar la memoria de los muertos, mayormente cuando en su vida hubo hechos de virtud, actividad ó talento; pero aun me parece más provechoso y ocasionado á resultados útiles honrar la historia de los vivos, galardonando, en ocasiones oportunas y justificadas, el mérito en cualquiera de sus manifestaciones cívicas.

No todas las sensibilidades humanas están hechas á propósito para apetecer dichas mundanales de *ultra-tumba*; en cambio, pocos son los vivientes que dejarían de hallarse complacidos por las distinciones y lauros á que les hicieran acreedores sus especiales merecimientos.

Hoñar al difunto, lo repito, es bueno y justo; mas en este tributo, de suyo frío y luctuoso, encuentro — por más que el concepto parezca osado — un resabio de egoísmo. El holocausto ofrecido á quien carece de receptividad para el mismo, ¿qué otro objeto puede tener que el de expansionar un sentimiento *nuestro*, al propio tiempo que crear estímulos que acrecienten en los vivos — quizás en los mismos tributarios — el amor al trabajo y á las virtudes sociales, edificando, con mausoleos, pedestales y estatuas, una inmortalidad tan ilusoria como artificiosa? Al que no siente apetencias de esta clase, ¿qué le pueden importar las honras póstumas?... Lo que al ciego los colores del lumínico; lo que al sordo las melodías del sonido....

Están en los hábitos de las Academias las sesiones necrológicas;... santo y bueno. Mejor aún cuando, como con la presente, la nuestra festeja, por manera congruente, á uno de sus más ilustres miembros; así como cada uno de sus miembros á uno de sus más inteligentes y asiduos consocios; cada uno de sus profesores á uno de sus más respetables compañeros, y, en fin, fuera de todas las esferas académicas, cada uno de nosotros á uno de nuestros predilectos amigos.

Porque el doctor D. Emilio Pi y Molist, en cualquier terreno que le consideremos colocado: en el de académico — que, para el acto presente, sería específico — en el de la clínica general, en el de la especialidad frenopática, en el de la buena literatura y gusto exquisito del estilo, en el del compañerismo, en fin, y en el de la amistad, el doctor Pi y Molist, es, por concepto unánime.. . . . .

¡Tente pluma indiscreta! que es biológica la sesión presente... Pi y Molist está entre nosotros, en cuerpo y alma, en espíritu y substancia, con sus cinco sentidos externos vivos y expeditos, con su inmejorable sentido interno, con sus potencias abiertas al *cosmos*... ¡Ay de tí que el lado más vulnerable de la veneranda y venerada personalidad de mi colega, el tendón de Aquiles de su alma, es cabalmente la modestia!... ¡Detente pluma!

Amontónense afirmaciones de lo bueno y de lo bello, acumúlense negaciones de lo malo y aplíquense al caso actual y al hombre aquí presente, y se tendrá la biografía que una poderosísima razón de estética me impide bosquejar. Y puesto que á tiempo llego para librarme de pecar en materia tan grave como delicada, no me habéis de negar hospitalidad en el presente regocijo; permitidme que al amigo y compañero le ofrezca un presente modestísimo, en testimonio de lo mucho que le quiero, venero y respeto. No miréis, eso nó, á la ofrenda: tan desprovista está de mérito, que dentro del tecnicismo postal le cuadraría la etiqueta de *muestra sin valor*. Atended, eso sí, al sentimiento que aquí la guía: es abundoso, sincero y puro como las gotas del rocío matutino.

Y logrado el beneplácito, la elección de asunto se me presenta como un problema difícil... Entre nosotros dos — el Dr. Pi y Molist y yo — sea grave ó aguda, seria ó festiva, la cuerda que toquemos, descuellan siempre las cuestiones relacionadas con la patología mental; campo, en verdad, feracísimo, pero espigado en todos sus dilatados ámbitos, á causa de que, por gran fortuna, hay hoy día muchos y excelentes cultivadores, y no menos asiduos recolectores... Y ¿cómo decirle al Dr. Pi algo que le venga como nuevo en el perímetro de la especialidad clínica que tanto conoce? Y para vosotros, ilustrados

compañeros, ¿cómo encontrar materia que pueda interesaros, de verdad, dado que el campo de la Psiquiatría se halla casi circunscrito por la cerca del Manicomio?

Anheloso de acierto y previo inventario de mi escaso caudal, he pensado que si algo había de haber pertinente al caso de hoy, había de ser el estudio de ciertas afecciones mentales que, por sus especialísimas condiciones, se ven rara vez en los asilos, al paso que abundan en el mundo poli-clínico. Me refiero, Señores, á las *Locuras con conciencia*, á las cuales si no temiera pecar de neologismo, me permitiría llamar *Locuras atípicas* (1).

## II.

Señores: el concepto clásico de la locura es el de una perturbación de la mente que, al hallarse completamente definida como entidad nosológica, resulta ignorada por el sujeto que la padece. Por esto sin duda suenan como sinónimos los términos *locura* y *enajenación mental*. «La locura — ha dicho Baillarger — es un infortunio que se desconoce á sí mismo.»

Esta noción, vulgar y hasta común de locura, dista de ser exacta; Spurzheim lo ha expresado en breves y precisas palabras: «La locura es el estado en que el hombre es incapaz de distinguir los desórdenes de sus operaciones mentales, ó *que obra de una manera irresistible*.»

Prescindiendo del valor que pueda atribuirse al primer párrafo de esta definición de la locura, la frase disjuntiva que acabo de subrayar demuestra que existen estados frenopáticos, verdaderas locuras *con conciencia*, esto es, con conocimiento claro y preciso, no sólo de que hay perturbación en la propia mente, sino con noción exacta de la índole y del sentido de este mismo trastorno morboso.

Considero conveniente detallar este concepto, pues de buenas á primeras hallaremos una distinción de grande interés clínico.

Una cosa es que un sujeto tenga idea más ó menos precisa de que su juicio está perturbado, de que está mentalmente enfermo, y otra cosa es saber de manera fija y exacta la naturaleza de este desorden mental. En el primer caso, la *autonoción* del estado frenopático, es vaga, indeterminada y, por lo mismo, propensa á debilitarse y hasta á desvanecerse; en el segundo, la conciencia del estado patoló-

---

(1) Aun cuando en nosología la palabra *tipo* se toma en la acepción de marcha ó curso de la enfermedad, aquí conviene no olvidar que, en su significado etimológico, equivale á forma ó figura.

gico de la mente se funda en una idea concreta, clara, precisa y, por lo mismo, fija, y tan duradera, como el hecho morboso cerebral que la ha engendrado y mantiene.

El individuo que se encuentra en el primer caso — noción vaga de su estado frenopático, dice, — y para decirlo frecuentemente se necesita que le interroguen: — « Mi juicio no está sano, pierdo el juicio, me vuelvo loco... yo no sé lo que me pasa. » El otro, espontáneamente y casi sin parar, exclama: « ¿Qué es lo que pasa por mí, que he perdido la tranquilidad y la alegría? Mis sentimientos han cambiado: estoy triste y no hallo el motivo; me son indiferentes las personas y las cosas que me eran predilectas; aborrezco lo que más debiera y quisiera amar; de vez en cuando, un frenesí indescriptible agita mi espíritu; brotan en mi pecho rencores y odios que jamás había concebido; siento impulsos extraños, que apenas puedo enfrenar y que me lanzan en sentido del mal; surgen en mi mente pensamientos raros, penosos, tétricos, de ruina y de enfermedad y muerte, que sojuzgan mi sentido interno y que en vano trato de domeñar, combatiéndolos con lógicos razonamientos; cuanto más raciocino y comprendo que mis ideas y sentimientos no tienen fundamentos lógicos, tanto crece mi desesperación, porque conozco mi impotencia contra la enfermedad de mi entendimiento... No hay desdicha como la mía: ¡ loco soy y conozco mi locura! ¡ Dichosos los locos que al menos ignoran su desdicha! »

Me he esforzado en describir esas dos manifestaciones de la conciencia en medio del estado psicopático, para que resulten más perceptibles los contrastes. En el primero, la noción es vaga é indeterminada y carece de espontaneidad y fijeza: de ordinario se requiere que el enfermo sea repetidamente advertido por otra persona para que reconozca que su mente está trastornada; así y todo, el delirio le seduce y le engaña. En el segundo caso, el conocimiento de la enfermedad mental surge espontáneamente y de manera clara, precisa, fija y constante, tanto, que constituye la principal preocupación y la mayor pena del sujeto. Esta noción acompaña á la locura como la sombra al cuerpo: no se abandonan nunca.

Cada día irán en aumento la vaguedad y la indeterminación de la conciencia en el primer caso; á medida que se acentuarán los desórdenes mentales, se irá disipando, hasta perderse del todo, el conocimiento de los mismos: la locura será entonces *un infortunio que se ignora á sí mismo*. En el otro caso, la conciencia del desarreglo mental durará tanto como los desórdenes frénicos que le acompañen, si ya no es que la locura gire toda al rededor de esta concepción hipocondríaca — *frenopatofóbia*.